

CAMINITO DE FLORES

Sevilla tiene un torero.—La batalla de Córdoba.—
«Guerrita protege á «Gallito».—Pitos, pedradas y
ovaciones.—El César muestra sus trofeos.—Por
qué se retiró el coloso.—¡A la cárcel!—La alterna-
tiva.—Los compañeros de Mazzantini y Guerra.—
El arrojito de «Piernas de trapo».—El clasicismo de
Fuentes y el estilo de matar de «Bombita».—Per-
cance en Méjico.—Toros en Castellón.—¡Arriba,
arriba!—¡¡¡Cataplum!!!

De aquí *pa* arriba. Caminito de flores.

En Sevilla hubo verdadero delirio por el *Gallo*.
Hasta llegó á llenarse la plaza en días de trabajo,
para ver las filigranas, los encajes, el dibujo, los
arabescos, las florituras del niño prodigio. Los talle-
res y las fábricas se quedaban desiertos los jueves
que él toreaba. *Gallito* y su arte estaban en todas
las conversaciones. Sevilla, como Madrid, ha sus-
pirado siempre por tener el número uno de los to-
reros; pero no un uno por autoproclamación, sino
por méritos reales, y Sevilla vió en *Gallito* el fe-
nómeno deseado.

Rafael no era sevillano, pero Sevilla lo decretó
hijo suyo. ¿Qué importaba el hecho del nacimiento?
La sangre era sevillana pura. ¡Digo! Sevillano lo

quisieron y sevillano lo hicieron. ¿Verían torero en él? El chico llegó á mandar despóticamente en aquella plaza difícil. Tenía desigualdades; pero como allí saben ver, le perdonaban lo malo en gracia á las maravillas con que luego lo borraba.

No fué sólo en Sevilla. Su fama se extendió bien pronto por toda la Andalucía baja, y en todas partes quisieron ver á la pareja de niños sevillanos que contaba con tal fenómeno.

—Es su padre; su padre resucitado—decían.

Gallito recorrió en triunfo casi toda Andalucía.

Por entonces hacía el mismo *record* por el resto de España la cuadrilla de niños cordobeses. El afán de las competencias taurinas hizo nacer bien pronto una nueva: sevillanos contra cordobeses; la Giralda y la Mezquita frente á frente una vez más. ¡Cuánta pasión, qué de disputas, rencores y odios, hasta que la disolución de las cuadrillas y las alternativas de sus componentes, más aún que la memorable batalla de Madrid, aquietaron los ánimos!

Estos habían llegado á tal punto de exaltación, que por poco si la exacerbación del sentimiento localista ocasiona la muerte á los cordobeses en Sevilla. En Córdoba produjo tremenda impresión este atentado, y se dispusieron á vengarlo.

La ocasión no tardó en presentarse. Los niños sevillanos fueron á torear á Córdoba, y los cordobeses, exaltados, les devolvieron el obsequio que á los otros les hicieron en Sevilla. Cien pitos por uno; por cada dos piedras, cuarenta. Cómo estarían los ánimos, que *Guerrita* se creyó obligado á interponer su influencia y tender su manto protector sobre *Gallito*, y fué con su hijo en su coche á buscarlo á la fonda para llevarlo á la plaza.

Pero de nada sirvió. La herida abierta en el amor propio local estaba manando sangre. Cuando salie-

ron las cuadrillas á hacer el paseo, el circo se vino abajo con los silbidos y se volvió á levantar con las piedras que cayeron al redondel. En un palco apareció un cartelón enorme y en él, pintado, un gallo sin plumas. Al pasar *Algabeñito* al tercer toro le dieron una pedrada en la cabeza y tuvieron que llevárselo á la enfermería, de donde no volvió á salir, y *Gallito* tuvo que matar cinco bichos. Hasta el cuarto fué la bronca en aumento.

—¿Pero tiene fuelles de fragua por pulmones esta gente?—preguntaban los toreros.

—¡Nunca creí que hubiese tantas piedras en un pueblo! ¡Y que no miran que nos habemos ventío sin paraguas!

Al sonar los clarines para la muerte del cuarto toro, *Gallito* se dirigió á brindar á *Guerrita*. Y los de los pitos y denuestos, sopla que sopla y chilla que chilla. Pero dió el chiquillo el primer pase magnífico, colosal, estupendo, gallístico, y se hizo repentinamente el silencio; dió el segundo, y un clamor inarticulado se escapó de todas las gargantas. Al tercero, una tempestad de olés y palmas atronó los aires, y ya dueño de aquellos aficionados, que ante todo y sobre todo son buenos aficionados, la criatura siguió dando clase de toreo y subyugando con su arte exquisito de gran torero á la multitud, antes enemiga y ahora suya con todo el rendimiento de la admiración. El cartel con el gallo implume fué roto y lanzados al ruedo sus pedazos por los entusiastas del palco, y *Gallito* oyó una de las mayores ovaciones de su vida, mayor aún que la bronca que la había precedido.

Aquella noche fué *Gallito* á visitar al César. *Guerrita* estuvo con él cariñosísimo y le enseñó toda la casa, desde el salón á la bodega, con la complacencia del general que muestra al soldado nuevo, como

cebo de heroicidades, las cruces que ha conquistado su valor. Los muebles, las alhajas, las macetas, el coche, los caballos, los regalos que había recibido durante su gloriosa carrera; nada quedó por ver.

—¿Tú ves todo esto que yo tengo? Pues tú también lo puedes tener—dijo el maestro al principiante.

Concluida la visita á la casa, *Gallito* interpeló á *Guerrita*:

—¿Me va usted á decir la verdad de una cosa como un padre á un hijo?

—Si no es un secreto que tenga que guardar...

—¿Por qué se ha quitado usted de los toros?

—No me he ido yo. Me han echado los públicos; no los toros, que todavía puedo con ellos.

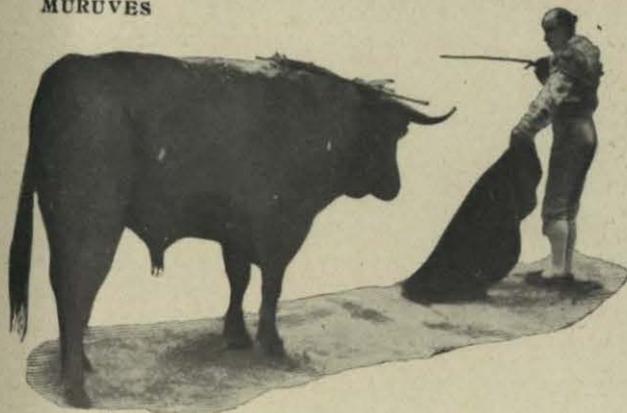
*
**

Aquel mismo año, después de la corrida de competencia en Madrid, se deshizo la cuadrilla de niños sevillanos y cada cual de los matadores se fué por su lado.

El papel *Gallito* continuó en alza todo el año siguiente, especialmente en Andalucía; tan en alza, que ocurrió con este torero la cosa más estupenda que yo he oído contar.

Sucedió que, toreando una tarde en Sevilla ganado de Concha y Sierra, se negó Rafael á matar un toro después de habérselo brindado nada menos que al capitán general, que lo era entonces mi buen amigo Don Agustín Luque, uno de los hombres más simpáticos de España. El público armó la que puedes suponer y la presidencia, viendo que no podía reducir al torero á despachar á aquel toro—«Mieo, ¿sabusté?»—, ordenó que *Gallito* fuese conducido á la cárcel en cuanto terminase la corrida, y á la cár-

MURUVES



En el primero de San Sebastián (Agosto 1910)



En el cuarto de la corrida celebrada en Madrid el 25 de Septiembre de 1910
(Fots. Irigoyen.)

cel fué Rafael con traje de luces y embozado en el capote de paseo para que no le conociesen.

A la media hora de ingresar *Gallito* en la trena, se presentaron en ella las empresas de Cádiz y Sanlúcar, con objeto de contratarle para el domingo siguiente. Y como no era posible que Rafael se partiese en dos, y ambos empresarios tenían un interés loco en llevárselo porque él era la seguridad del lleno, armaron tal trapatiesta disputándose, que en poco si vienen á las manos y tienen los tres que quedarse á vivir allí una temporadita. A la postre pudo más el empresario de Cádiz.

Aparte este lunar feo, que ya se ve que no rebajó un ápice la buena opinión en que se le tenía, y otras malas faenas con que de vez en cuando se descogaba, como cada coletudo, *Gallito* hizo una gran campaña.

En Sevilla volvió á torear dos novilladas, y tan contundente estuvo, que de ellas salió su graduación en los estudios mayores.

Bombita el mayor, *Bombita* el mejor, fué el encargado de darle el espaldarazo en la plaza sevillana la tarde del 28 de Septiembre de 1902, á las cuatro y diez y siete minutos, cinco segundos y un tercero derecha. Ofició de acólito el otro *Bombita* (Ricardo), y para probar las armas se utilizaron seis toros de Otaolaurruchi.

Rafael estuvo bien, á secas, esta tarde. A la siguiente, en que se lidiaron toros de Concha Sierra, toreó Emilio *Bomba* por última vez en Sevilla.

¡Con cuánto gusto dedicaría yo aquí unas páginas al torero bonito, al matador valiente que tanta alegría llevaba á la plaza! A tener Emilio *Bomba* la suerte de su hermano Ricardo, y coger, no la época cómoda que éste, sino otra más difícil, si que hubiera sido el amo de veras; el indiscutible. ¿Cuán-

tos de los ídolos de ahora hubiesen pasado, en la época de Emilio, de la tercera fila, en que vivían semiobscurecidos algunos toreros muy estimables?

Fué mucha época aquella. Al frente de las huestes, SS. MM. Mazzantini y Guerra; el emperador del volapié y el emperador del toreo. Y muy cerca, pisándoles los talones, queriendo con noble deseo hacerse puesto á su lado, luchando, con un corazón muy grande, con lo imposible, Reverte, Fuentes y Emilio, y después el gran torero *Quinito*, y mucho más lejos *Minuto*, con sus trampas de torero enterado y sus arrestos de valiente aquellas dos memorables temporadas que le dió por serlo, y más cerca el *Algabeño*, que se trata un estilo de matar que levantaba á los públicos, y el *Conejito*, que hubiese llegado muy alto á no ensañarse tanto con él los toros y echarle de la plaza por falta de facultades cuando todavía estaba sobrado de la principal, el corazón...

Por entre toda esta gente ¡que era gente! rompió Emilio *Bomba*, y con su toreo corto, como ahora decimos, pero bello, llegó á colocarse tan inmediato al solio de los dos señores, que á no ser éstos quienes eran, intangibles y únicos, Emilio se hubiese sentado á su vera.

Muy grandes eran los dos, el estoqueador y el coloso de la torería, y al lado de ellos, y con los otros, que achuchaban más que un Miura de sentido, para valernos de un símil completamente del caso, el mejor de los *Bombitas* fué.

Y si difícil era pelear con los dos mayorazgos, Mazzantini y Guerra, no lo era menos competir con el arrojado de «Piernas de trapo»; con el toreo elegante y muchas veces clásico de Fuentes, y, aun en los pocos días que repicaban gordo, con el serio, sabio y á ratos clásico de *Quinito*; y con los tre-

mendos volapiés del *Algabeño*, y banderilleando en sus estilos con Joaquín Navarro y Antonio Fuentes... Contra todo eso peleó Emilio *Bomba* con su toreo fino, bonito y alegre, y, sobre todo, con su preciosa manera de matar, arrancando con los pies juntos, dando el hombro y el corazón y saliendo por el costillar con aquella su peculiar media vuelta...

¡Aquellos tiempos! ¡Aquellos tiempos!...

**

Mas volvamos á nuestro *Gallo*. Con el dinero de las corridas de la alternativa libróse de quintas, y en seguida emprendió su primer viaje á Méjico. Ramón López, que le vió torear en aquella feria de San Miguel, le contrató el mismo día 29 al acabar la corrida para no recuerdo cuántas en los Estados de don Porfirio.

El día de su presentación en Méjico, toreando Rafael reses de Piedras Negras con *Algabeño* y *Chicuelo*, sufrió un percance serio. Había quedado superiormente en su primer toro, y para llevarse á casa más palmas, cogió los palos en el quinto. Citó, y, al dar el cambio, el toro le dió la vuelta con una cornada en la boca que le quitó dos dientes y un pedazo de encía y le hizo trizas el labio inferior. De resultas de esta herida estuvo Rafael dos meses enfermo, sin poder torear, y tuvo que ponerse dos dientes de oro, que deben estar muy bien agarrados, cuando en el naufragio general, de que luego fué víctima *Gallito*, no han tomado tierra en poder de los usureros que han estrujado á nuestro hombre sin duelo ni temor de Dios.

Cuando se repuso de este percance, toreó tres co-

rridas con gran éxito, dos de ellas con Reverte, y aunque le ofrecieron 5.000 pesos, según cuenta Rafael, por trabajar en la corrida á beneficio de Antonio, no quiso aceptarlos por venir á España á torear mano á mano con Fuentes el 22 de Marzo la célebre corrida de Castellón de la Plana, en que los dos toreros artistas estuvieron monumentales.

El éxito de esta corrida determinó al famoso Bartolo á contratarle para tres en Sevilla: Pascua, Corpus y Ascensión, y una en la feria de Jerez.

En la corrida del Corpus hizo Rafael, con un toro de Moreno Santamaría, una de esas faenas emocionantemente colosales que este año de gracia de 1910 ha prodigado. Había brindado la muerte de este toro al ganadero Sr. Urcola. De la faena de muleta todavía se habla en Sevilla. Pases naturales dibujados; los elegantes pases naturales del *Gallo*, en que lleva al toro como enganchado en los vuelos de la muleta, que mueve templándola, templándola, sin soltar al bicho hasta rematar la suerte; esos graciosos pases de su invención que inicia como el ayudado y termina en pase natural; airosos pases de molinete y emocionantes de pecho; todo lo mejor, en fin, de su vasto repertorio de gran artista. Cuando tuvo al enemigo cuadrado sacó el pañuelo, y, con mucho sosiego, á dos dedos de los pitones, limpióse el sudor; lió con toda calma y mató de una soberana estocada, que acabó de enloquecer á la enardecida muchedumbre.

Bartolo solicitó de *Gallito*, aquella misma noche, una interviú para proponerle una corrida mano á mano con Fuentes en la feria de San Miguel. Rafael aceptó, á condición de torear todas las de la siguiente feria, en lo que convino el empresario. Siguió la buena racha; toreó este año muchas corri-

das en las principales plazas de España, al siguiente, treinta ó cuarenta... y al otro, siete.

—¿Cómo fué eso?

—«Porque tuve un final de temporada desastroso. Me daban mico' los toros, ¿sabusté? No m'arrimaba á ellos. Me creía que m'iban á comé...»

SENDA DE ESPINAS

VI

«Gallito» en baja.—El pozo del olvido.—Vencido y orgulloso.—En lo más fuerte de la crujía.—«No toreo».—Una ecuación de enésimo grado.—Mata-tías y cuadrilla.—Un ciudadano caritativo.—Virtud sin premio.—Sesenta corridas, sesenta duros. Haciendo honor á la firma.—Boleras, loros, tabacos y aduanas.—De todos colores.

Se hundió la Giralda. El papel *Gallito* fué bajando, bajando, hasta no encontrar ni quien preguntase por él. Vinieron los días malos, y tras los días los meses y los años detrás.

1905, 1906, 1907. ¡Lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto! y 3.333 veces ¡¡¡lagarto!!!

De las alturas del triunfo y de la gloria bajó Rafael al pozo del olvido. El público le volvió la espalda; los amigos de los días de éxito le abandonaron; se vió completamente solo.

Tachan muchos á *Gallito* de hombre frío y poco afectuoso; le afean por no tener para sus amigos la efusión con que otros toreros tratan á los suyos. ¡Frío, apático!... ¿No será desengañado? Las amistades ya sabe él cuánto duran; los aplausos y la simpatía del público son versátiles como el amor

de una coqueta. ¿Vale la pena de romperse las pecheras y el alma, como *Machaquito*, un año y otro año para ganar al tirano, si al cabo de diez de poner en la pelea valentía, pundonor y respeto al público, éste es tan poco del artista como la primera tarde que salió á pedirle sus aplausos?

Los días malos de *Gallito* fueron terribles. Todos le dieron por cosa perdida. El mismo se dejó dominar del desaliento y, á la par, cosa muy en su tipo y en su carácter, porque él ha sido siempre una extraña mezcla de opuestos extremos, nunca se mostró más celoso de sus prerrogativas. Como si estuviese triunfando. El no hacia realmente nada por conservar su lugar; salía ya vencido á la plaza; pero, más orgulloso que Don Rodrigo, no consentía ceder un ápice de su puesto.

Cuando más necesitado estaba le ofrecieron una corrida de feria en Sevilla.

—No la quiero—contestó—. ¿Ustedes que se habéis figurao? O todas ó ninguna.

Muy apurado, muy apurado, llegó á ceder una vez y aceptó un contrato para torear en la corrida del Corpus. Una modesta corrida con *Morenilo de Algeciras* y *Reire*.

—¡Ya ha cedido el *Gallito*!—contaron por los corrillos de la calle de las Serpes.

—¿No había de ceder? ¡Menuda hambre desperdician en su casa! El desayuno anda desafiado con la cena y se encuentran la mar de veces juntos en la mesa.

Efectivamente, Rafael estaba en lo más fuerte de la *crujía*. El pan suyo de cada día era cada día más difícil. Las pesetas de la corrida representaban una solución á la ecuación de vigésimo séptimo grado, que todas las mañanas le planteaban los chicharos, los panecillos, la carne y las lechugas.

El mismo día del Corpus no había en la casa un real... y, sin embargo, Rafael no quiso torear.

¡Poco que se iban á reir los *amigos* así que le vieran haciendo el paseo! No; no. Aceptar aquel contrato había sido una debilidad de un mal momento. ¡Sálvese la categoría aunque perezca el estómago!

No salió. Dió por pretexto un lio de puyas y tuvieron que sustituirle con otro.

Y Rafael Gómez Ortega (*Gallito*), poco antes de la hora de la función, mandó á empeñar el único traje pignorable que le quedaba para comprar un billete de la corrida.

—Ese no ha venío por mico—dijeron los *enterados*. Y todo el mundo pensó como ellos, porque ya nadie creía en él.

Es decir; quien creyese en él siempre hubo. Existe en muchas plazas un reducidísimo núcleo de buenos aficionados que saben colocarse por encima de las impresiones y apasionamientos del momento y ver á distancia. En una tarde desgraciada descubrió su vista certera á un buen matador, ó en una mala faena, á un torero. Alguno de estos inteligentes siguió esperando en *Gallito*. Pero hubo otro grupo de adivinadores que, sin ser aficionados entendidos, y aun sin necesidad de haber asistido á ninguna corrida de toros, supieron descubrir antes que el eclipse de *Gallito* era cosa transitoria, y que el que todos daban por caído no estaba tal, sino acostado, y acudieron solícitos á socorrerle en cuanto le vieron en necesidad. ¿Hace falta designar á estas buenas personas por su título profesional de usureros? ¡Almas generosas!

Ellos tejieron alrededor de *Gallito* una red tan tupida y tan apretada que, si no ahogaron á toda la familia en uno de los tirones, fué indudablemente

porque, así los Gómez como los Ortega, tienen el cuello de hierro.

—Me armaron tal lío—dice Rafael hablando de esto—, que ya no daba yo ni con mi casa, y me tuvieron dos años dando vueltas de campana, que, si llegó á sonar, dejó sorda á toda la cristiandad y á la judería de diez leguas á la redonda.

De los diferentes contratos que celebró Rafael en aquella época—contratos de préstamo, ¿eh?, porque de los otros...—hubo uno que merece los honores de la publicidad para enseñanza de prestamistas desprendidos.

Gallito había ido salvando del desastre dos vestidos de torear. Eran las herramientas, y aunque sólo de tarde en tarde las usaba, había que conservarlas cuidadosamente para cuando el caso llegase. Mas vinieron unos días peores que los otros, en que la ecuación á resolver no era ya de trigésimo, sino de quinientos cincuenta y setesésimo grado, y uno primero, y otro después, salieron los dos trajes de casa del *Gallo* para la de un honrado prestamista que tuvo la largueza de dar á Rafael ochenta duros por uno y cien por el otro, á su buenó y acostumbrado sesenta por ciento anual. Pero, además, se agregó al contrato una clausulita por virtud de la cual se obligaba *Gallito* á no salir á torear con otro traje que cualquiera de éstos, ni propio ni ajeno, mientras los tuviese empeñados. El prestamista á su vez, para corresponder noblemente á esta obligación de Rafael, contrajo de su propio y generoso impulso la de facilitar á *Gallito* uno de estos trajes suyos siempre que lo necesitase... por el módico alquiler de cincuenta duros postura.

Y para que vean ustedes lo que son las injusticias humanas: de tantos premios á la virtud, á la abnegación y al heroísmo como reparte anualmente



“Gallito, y varios amigos en el balcón de la casa de José Redondo (el Chiclanero), en Chiclaná

la Real Academia de la Lengua, todavía no le ha tocado ninguno á este buen hombre prestamista, todo sacrificio y abnegación.

Todavía está Rafael pagando recitos y más réditos, sin acabar de desenvolverse del lío de cuentas que le armaron en estos días terribles.

Calcula tú que este año de 1910, después de toreadas 59 corridas, se ha retirado nuestro hombre á sus cuarteles de invierno con sus buenas 200 ó 300 pesetas por junto...

Y así para toda la vida. «La perpetua». Yo he enterado á Rafael, cuando me ha referido estas cosas, de sus derechos; le he leído las disposiciones de la ley contra la usura, que le conciernen y parecen escritas para él; le he explicado bien claramente lo que tiene que hacer para zafarse de tanta y tan cruel sanguijuela...

—¿Y mi firma?...—me ha contestado—. Yo no puedo negarme á pagar lo que he firmado que debo.

Han sido inútiles cuantas reflexiones le hemos hecho otras personas y yo. El se ha encerrado en lo mismo:

—Yo no puedo despreciar así mi firma.

Este es el hombre de cuyas informalidades cuentan y no acaban sus *amigos*.

*
**

Toreó *Gallito* el año 1906 diez y ocho corridas, cuatro de ellas en Portugal y dos en Canarias.

La víspera de regresar de Tenerife á la Península, ocurriósele entrar á Rafael en un café cantante, donde había una partida de cantadoras y boleras sevillanas. *Gallito* no es aficionado al cante, pero por algo le llevó allí su suerte. Apenas le vieron, cantatrices y bailatrices, admiradoras del tore-

ro como buenas cañís, acercáronse á saludarle, y de saludarle pasaron á referirle sus penas. El dueño del café no les pagaba; el negocio iba mal, ó, al menos, así lo aseguraba el hombre, y ellas continuaban echando coplas y dando pataditas sobre el tablado, porque así tenían siquiera la esperanza de encontrar algunas noches la cena... comida y desayuno en una pieza. Algunas conservaban también la de volver á España; otras, por perderlo todo, hasta habían perdido esta ilusión.

Rafael, que tiene un corazón muy sensible á la desgracia ajena, tuvo un rasgo generoso:

—No apurarse ustedes. Mañana os llevo á todas á España.

Recuerde el lector la escena análoga de *La patria chica* y habrá visto ésta.

Entre el pasaje de las bailaoras, los tabacos y unos pájaros que se compró «pa un orsequio» consumió *Gallito* todo su pequeño capital, y cuando llegó á Cádiz, como no tenía para pagar los derechos de Aduanas, tuvo que echar á volar los pájaros y dejar los tabacos á la Hacienda, que no perdona nada. Le prestó un amigo el dinero para el tren y se reintegró á su casa, á seguir pasando las verdes, las *mords*, las azules y las amarillas.

LÁZARO RESUCITA